

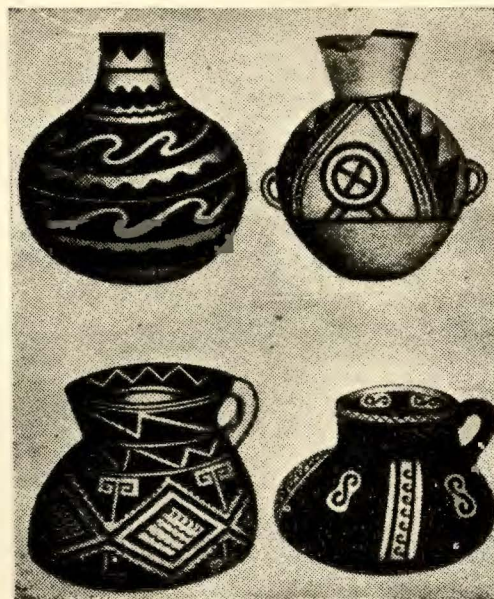
# LAS CERAMICAS

de los  
ABORIGENES

de  
CHILE (\*)



Cerámica Arajeta



Cerámica Atacameña

Las cerámicas de los aborígenes de Chile distan mucho de la belleza, de la vivacidad de dibujo y de color, y de aquella gran variedad de forma que constituye el atractivo especial de las cerámicas del Perú precolombiano.

Las antiguas cerámicas de los Incas y de las poblaciones que les precedieron, antes de que aquellos les reunieran bajo los estandartes de su grande y glorioso imperio del Tahuantinsuyo, forman un verdadero y precioso documento arqueológico; y que, aparte de la diversidad de los estilos o de la característica multiplicidad de los objetos, tienen—para todos los estudiosos de arte o de historia, de etnología o de americanística—un



Cerámica de la zona central chilena

valor incalculable por cuanto—más que los grandiosos monumentos que existen en pie y más todavía que las crónicas o las relaciones de los misioneros y de los colonizado-

res—forman un testimonio cierto de aquella grande y maravillosa civilización desaparecida.

Es sobre todo por esas cerámicas que podemos transportarnos a tantos y tantos siglos pasados; conocer tierras inexploradas y lejanas; adentrarnos en ambientes y lugares desconocidos, entre gentes y razas diversas que, poco a poco, casi resucitan y reviven en nuestra mente. Y es precisamente la contemplación de humildes artefactos, plasmados por el más oscuro ceramista incaico o pre-incaico, tales como: ollas, vasijas, cántaros y platos hermosamente trabajados por él, lo que tiene la extraña magia de hacer renacer todo un pasado, de referir la historia y la leyenda, los usos y tradiciones de un pueblo que con gran anterioridad al descubrimiento de Colón—había alcanzado un altísimo grado de cultura.

(\*) Lección dada por el doctor Giuseppe Mazzini en el Curso de Historia de la cerámica del Instituto Universitario Italiano en la ciudad de Faenza.

Las cerámicas chilenas tienen en cambio otro valor y otra significación. Su importancia resulta de elementos diferentes de aquéllos que constituyen la característica de los innumerables objetos creados y pintados por la hábil mano del alfarero incaico. Más toscas y rústicas, menos atrayentes y sugestivas, tienen todavía un interés particular y merecen ser puestas en relieve. En la nebulosa y la incertidumbre que existe hasta hoy en la pre-historia de América descubren nuevos y más dilatados horizontes y, a quien quiera penetrar en la más remota antigüedad, facilitan el conocimiento de los múltiples grupos étnicos que—distintos, por número, calidad y cultura—poblaron el llamado «último rincón del mundo» (\*) o esa la última Thule que corresponde hoy día a la República de Chile.

La cerámica de los aborígenes de aquel país lejano, el frágil trozo de arcilla trabajado por el más antiguo e inexperto alfarero en esa larga y angosta lengua de tierra que se extiende entre la cordillera y el mar, arroja viva luz sobre razas y pueblos hasta ahora poco estudiados o casi desconocidos.

\* \* \*

Una mirada a una carta geográfica de Chile basta para darse cuenta de su extensión y de su configuración curiosa.

Entre el Perú y Bolivia, entre Argentina y el Océano Pacífico, todo el país se extiende entre unos diez y ocho paralelos (desde el vigésimo octavo al quinquagésimo sexto) hasta la Tierra del Fuego, en

una longitud de más de cuatro mil kilómetros.

De aquí—en las distintas localidades de la costa o de la montaña, del mediodía al septentrión—una notable variedad de condiciones de vida, diversidad de fauna, de flora y de clima.

En la zona norte el clima es constantemente cálido, seco, casi nunca una gota de lluvia; en la parte central es temperado y siempre agradable; en el sur donde llueve casi todo el año, es húmedo y frío.

Esta enorme extensión de tierra, más de dos veces la Italia y que hoy cuenta apenas cuatro millones de habitantes, fué, desde los tiempos más remotos, ocupada y poblada por varios pueblos y tribus, los cuales—muy lejos de formar un complejo étnico único y homogéneo—eran, las unas de las otras, diversas por el grado de cultura, por la variedad de idiomas, por su aspecto físico y por su carácter antropológico, psicológico y mental.

Especialmente los grupos del norte—en cierta época remota—sintieron la influencia de los pueblos peruanos y bolivianos que estaban más próximos a ellos y que llegaron a primar con su más avanzada cultura, con la práctica y facilidad de los cambios o que se impusieron a veces por una ocupación violenta de territorio. Algunos empero—con vergüenza de la influencia extranjera—supieron mantener por largo tiempo, su característica, su individualidad y signos que dan testimonio del grado de su progreso.

¿De donde venían? ¿Cuál su origen? ¿Eran autóctonos o provenían de alguna tierra lejana?

No es este el lugar ni la ocasión de penetrar en el estudio de un

problema difícil, muy discutido y que permanece siempre sin solución.

Baste recordar que, en el norte especialmente, en Arica, en Taltal, en Pisagua y aun Constitución y en otras importantes estaciones arqueológicas dispersas, aquí y allá, a lo largo de la costa de Chile se han encontrado vestigios de pueblos antiquísimos, los cuales—en sus cementerios y sobre todo en enormes estratos y amontonamientos de conchas (conchales o kjoekkenmoendinger)—junto a la huella de su vida social y familiar, han dejado objetos, utensilios y restos de una industria primitiva en la cual comenzaban apenas a adiestrarse.

De su época paleolítica y neolítica—posterior a la época correspondiente de nuestro continente europeo—queda aquí un importante material arqueológico que revela, entre las del nuevo y las del viejo mundo, una indiscutible afinidad de caracteres y de aspectos. Pero los hombres primordiales, los hombres neolíticos de Arica o de Taltal, de Pisagua o de Constitución, dedicados particularmente a la pesca y libres todavía de la influencia de los pueblos vecinos con los cuales tenían escaso contacto, se mostraron bastante expertos en el arte de entrelazar mimbres o de fabricar cestos, pero no dejaron traza alguna ni aun de la más primitiva arte cerámica.

Posteriormente a aquellas pequeñas y diversas unidades étnicas que progresaban lentamente en la costa oceánica septentrional, al pie y al otro lado de los Andes, se afirmaba y se desarrollaba el grupo racial más compacto y vigoroso de los atacameños.

Ocupaban éstos un vastísimo te-

(\*) En castellano en el original.



cerámica Chiu-Chiu. San Pedro de Atacama.

ritorio que comprendía las actuales provincias de Tarapacá, de Antofagasta y Atacama y que se extendía bastante lejos en el sur del Perú y de Bolivia, confinando con Argentina, más allá de la Cordillera, hasta ocupar gran parte de la región de Jujuy.

Nada se conoce del origen de estos pueblos, pero se sabe que tenían nociones de agricultura; que, dedicados a la vida pastoril, habían domesticado la vicuña y el llama; que trabajaban la madera y los metales y que hablaban el *cunza*, su idioma especial.

En un tiempo primero, su alfarería fué tosca y primitiva, inferior en mucho a la de los peruanos, sus vecinos del norte y a la de los diaghitas, sus vecinos del sur.

Hasta que no se hicieron sentir influencias forasteras, la cerámica atacameña se presentó ordinaria, tosca y de mala pasta. Su imperfecto cocimiento dejaba manchas y lunares negruzcos. La ingenuidad de las incisiones y la pobreza de los elementos decorativos bastaban para demostrar, en el oscuro artesano, dotes artísticas muy escasas y embrionarias. Considerablemente variada en sus formas la cerámica era comúnmente pintada de negro sobre rojo o de rojo negro sobre fondo blanco, ocre o amarillento.

Cuando se embelleció con algún ornamento, fué entonces fácil ver en ella la figura triangular, la greca, la escala, los signos geométricos característicos de la cerámica del período decadente o epigonal de Tiahuanaco y los de la cultura de Chavin, de Proto-Nazca o de Proto-Chimú.

Pero, ya en el sur de la actual provincia de Atacama, en la de

Coquimbo y junto al curso del río Choapa, se agrupaba, denso y más adelantado, otro pueblo cuyo origen remoto se pierde en los siglos y que se cree de la misma raza de los Calchaquis o diaghitas de la Argentina. Ocupaba prevalentemente la llanura y la montaña hasta más allá de la cordillera andina, pero dejaba libre toda la región de la costa a la tribu de los Changos.

Estos, más que en tierra, vivían sobre el mar. Descendientes, tal vez, de los Aymarás o de los Uri de las vecindades del lago Titicaca en Bolivia, no eran sino modestos pescadores. Más que en sus miserables cabañas pasaban su existencia en sus embarcaciones primitivas construídas de paja de totora (*typha angustifolia* L.) o de pieles de foca o de grandes animales marinos bien cocidas y rellenas. Carentes de riquezas agrícolas o mineras no sufrieron molestias ni de los atacameños ni de los diaghitas y, posteriormente, fueron dejados en paz tanto por el invasor peruano como por el conquistador español. Los pocos objetos de cerámica creados por ellos demuestran una técnica deficiente y rudimentaria. Las paredes gruesas, la factura toscota, la ausencia de toda ornamentación revelan una calidad bastante inferior a la de sus vecinos, los atacameños o los diaghitas.

Estos últimos en cambio tenían una cultura mucho más elevada. Hablaban una lengua característica (el kan-kan) y sabían ya fundir el bronce y regar racionalmente sus campos. En el arte de fabricar platos habían hecho especialmente notables progresos.

Sus obras de greda son en efecto,

las más finas y delicadas de cuantas hayan sido creadas por los aborígenes chilenos.

Bellas y graciosas, de escaso colorido, pero con suficiente y variada decoración, tienen ellas un particular carácter local o regional que se mantiene puro e invariable por largo tiempo, hasta fundirse o confundirse más tarde con el estilo de las cerámicas peruanas de los Chinchas o con el más lejano de Tiahuanaco. En estas cerámicas aparecen con bastante frecuencia figuras humanas o de animales, apenas modeladas o pintadas: específicamente la del tigre, del llama, del puma, y de la serpiente y hasta el avestruz, el pájaro corredor que abundaba en el vecino territorio argentino con el cual los diaghitas chilenos mantenían relaciones de cambio avivadas por la identidad de raza.

Sus artefactos de arcilla están representados, en general, por tazas de paredes verticales, base redondeada ornadas de una decoración geométrica hecha con un agradable entretrejo de líneas y por cántaros de forma especial con figuras de pájaros, designados con el nombre de *jarros-patos*.

\* \* \*

Al sur del territorio habitado por los pueblos diaghitas—desde el río Choapa, en toda la región central, hasta el grandioso golfo de Reloncaví—vivían otros grupos y otras tribus primitivas.

Se suele decir que toda esta extensa región siempre estuvo ocupada por el pueblo araucano. En cambio, otros centros culturales desplegaban aquí su actividad mucho antes que se constituyese el

conjunto demográfico que toma el nombre de Arauco y que resultó de la fusión progresiva de los Mapuches con comunidades indígenas más adelantadas que ellas.

Dejando aparte a los Chiquillanes, bárbaros y salvajes que habitaban un poco de este lado y un poco del otro de la cadena de los Andes; y a los nómades Pehuenches, que vivían de la caza y que se alimentaban particularmente de los grandes piñones del *Araucaria imbricata*, que se adensaba en selvas y florestas sobre los flancos de la cordillera; y los Puelches que ocupaban también los oasis y valles de las zonas altas y montañosas, las variedades étnicas más evolucionadas e importantes, en el territorio central, eran dos: la de los Picunches (hombres del norte) y la de los Huilliches (hombres del sur). De igual cultura y condición, puede decirse que formaban un complejo racial uniforme. En un momento dado se insinuó entre ellos otro grupo de indios, de otra raza y costumbres y, todavía muy atrasados.

Eran éstos los Mapuches (gente de tierra). Llegados, a través de los pasos de los Andes, desde la desierta pampa argentina, fuertes y aguerridos como eran, se impusieron pronto a los indios aborígenes y, poco a poco, llegaron a dominarles. Se posesionaron de su cultura, se apropiaron de su lenguaje, de sus costumbres y—después de un lento período de absorción—vinieron a constituir aquel pueblo heroico que, durante tres siglos, resiste tenazmente a los españoles y que—hasta los últimos años del pasado siglo—se opone todavía a la presión del actual gobierno de Chile.

De la fusión de los Picunches y de los Huilliches con los Mapuches,

pues, aquel grupo que—reducido a poco más de cien mil individuos, mientras que antiguamente sobrepasaba el millón—es conocido con el nombre de pueblo araucano, que le fué dado por el poeta y soldado Alonso de Ercilla, el cual—después de haber visto los heroicos esfuerzos realizados para defender la libertad y mantener la integridad de la patria—vuelto a la nativa España, entre el 1569 y el 1589, cantó las proezas en un famoso poema en rima octava, a la manera del Ariosto, titulado, precisamente, *La araucana* y que puede decirse el primer texto de historia chilena.

Antes de la aparición de los Mapuches, tanto los Huilliches como los Picunches trabajaban la arcilla y producían una cerámica cuya identidad de factura y de forma comprueban la unidad étnica de los dos grupos demográficos y la igualdad de su nivel cultural.

Poco se elevaron los araucanos sobre sus predecesores. Mucho más tarde, en el vasto territorio central y meridional ocupado por ellos, podremos encontrar obras de greda de discreta factura; pero serán producto de importación o de imitación extranjera que, por su ornamentación, recordarán el tipo atacameño influenciado ya por los Chinchas o un tipo más reciente y más precisamente incaico que caracterizará la cerámica del llamado estilo valdiviano.

Aquella, propia de los Picunches y de los Huilliches, notable por la pobreza de ornamento y por la simplicidad de técnica y factura, fué poco a poco desapareciendo con la llegada de los Mapuches, hasta reducirse a las formas rudas y primitivas que son fabricadas por los araucanos actuales.



Cerámica Chiu-Chiu. San Pedro de Atacama.

Colección José Perotti.

No nos ocuparemos de los grupos o tribus que ocupaban el territorio, más abajo del golfo de Reloncaví.

De la isla de Chiloé a la Patagonia y a la Tierra del Fuego, vivían, nómades y salvajes, los Chilotes, los Poyas, los Fueguinos (alcalufes, onas y yaganes): pequeñas y escasas cantidades demográficas, algunas de las cuales, reducidas al último término, permanecen aún hoy en día representando tal vez los ejemplares postreros del tipo indígena primitivo rechazado, poco a poco, al extremo límite meridional por grupos más evolucionados y civiles.

Los dejaremos a un lado, porque en el territorio por ellos recorrido u ocupado, las indagaciones de la arqueología no han puesto en luz ningún producto o ninguna obra de alfarería.

\* \* \*

Esta rápida excursión a través del Chile de los aborígenes y esta mirada fugaz a los principales grupos étnicos que han influido mayormente en la evolución del país, ha permitido, sin embargo, un ligero acceso al arte de la cerámica, la cual se ejercía en los tiempos más remotos; ora con medios y técnicas primordiales, ora con mejor preparación y con cierto gusto y maestría.

No se conocen ejemplares de cerámica netamente autóctona o indígena, ya que muchas y diversas fueron las influencias extranjeras que, por todas partes se hicieron sentir sucesivamente.

En efecto, los diversos grupos de que hemos observado sintieron

siempre el influjo de elementos extraños más evolucionados delante los cuales difícilmente supieron mantener largo tiempo la originalidad y la característica de sus trabajos, y aquel aspecto y aquella particularidad de forma que revelan una individualidad propia, local o regional.

Precisa tener presente que, tanto el grupo de los atacameños como aquel de los diaghitas—por razones de vecindad y de intercambio y, más todavía, por causas políticas—debieron soportar la opresión de los Chinchas peruanos, ya hábiles artífices que se habían afirmado en el arte de la alfarería con un estilo particular y que, más tarde, los Chinchas atacameños y los Chinchas diaghitas, debieron someterse al imperio de los Incas.

La primera invasión incaica, con

perjuicio de los indígenas de Chile, ocurre hacia 1423, por obra del Emperador Tupac Yupanqui. Pero más violenta y efectiva fué la de Huayna Capac, el Emperador que llevó al apogeo y a sus límites máximos el poder de los Incas y que emprende la conquista de Chile, una cincuentena de años después de la de Yupanqui, en el año 1470. Ocupó todo el territorio septentrional y probó extenderse hacia el sur, hasta las tierras bañadas por el río Maule, que le fueron cerradas por aquella resistencia araucana que poco más tarde debía hacerse maravillosamente heroica contra la invasión conquistadora de los españoles.

\* \* \*

En las cerámicas de los aborígenes de Chile pueden distinguirse las de servicio doméstico cotidiano, más rústicas y ordinarias y aquellas más finas, destinadas a las fiestas y a los usos ceremoniales.

Tal vez ninguna puede considerarse propiamente autóctona, sino que todas, en general—aun aquellas de las épocas más remotas—sufrieron influencias exóticas llegadas de las regiones más lejanas del Perú y de Bolivia. Tanto por la variada meteorología del país, como por las diferencias raciales y por los distintos grados de cultura, las cerámicas de los aborígenes de Chile no son siempre homogéneas y uniformes.

Algunas—especialmente las de las tribus más atrasadas—son burdas, mal cocidas y sin ornamentos; mientras que las de las poblaciones más evolucionadas se hacen notar por su cuidadoso pulimento y por la decoración geométrica, hecha con líneas cortas, simples y rectas.

La línea recta se encuentra por doquier como primer elemento decorativo, pero el modo y la elegancia de sus combinaciones varía, en cada lugar, según el mayor o menor grado de cultura.

Casi por todas partes el arte de tejer cestas y canastos fué ejercitada con anterioridad y mejor que la cerámica. En las tribus primitivas, que vivían bajo un régimen estrictamente matriarcal, eran las mujeres quienes se dedicaban a la alfarería.

No se conocía el uso de la rueda o el torno, y escaso o nulo era el uso de los calcos y de los modelos.

La técnica—igual en las diversas zonas—era particular de la América.

La mujer operaria—cuando quería fabricar las *lozas* para el uso de la casa o para usarlas en las fiestas o en las ceremonias públicas—formaba con la arcilla, convenientemente preparada, bandas o cintas, las colocaba una sobre la otra, en círculo o espiral y, poco a poco, hacía con ellas un cuerpo compacto y de la forma deseada. Plasmado así el objeto lo pulía, lo lijaba y lustraba con una piedra lisa o con un raspador de hueso o de madera. A veces lo embellecía con sobrios y escasos colores extraídos de plantas o minerales y con ellos combinaba dibujos o figuras que resaltaban sobre el esmaltado obtenido con creta finamente pulverizada y casi impalpable.

No se conocía el horno y, no obstante, se sabía hacer un castillo de todos los artefactos juntos para cocerlos en el mismo fuego.

La poco experta artesana, una vez que había plasmado sus tazas y sus vasos, los dejaba secar primeramente; en seguida, tomándolos

con cuidado uno a uno, los exponía a la llama viva o al calor de las cenizas o de brasas y después de esta calefacción preliminar, los pasaba directamente a un vivo fuego de leña, de hierbas o de paja, hasta el cocimiento total que, muy a menudo, los dejaba manchados, oscuros y negruzcos.

\* \* \*

De los diferentes grupos étnicos chilenos que nos han transmitido ejemplares de sus obras de alfarería, los más importantes y evolucionados fueron, sin duda, los atacameños y los diaghitas.

La cerámica de los atacameños, por lo mismo que desde tiempos antiguos había sentido influencias extranjeras, fué siempre inferior a la de los peruanos y a la de los diaghitas, sus vecinos del sur. Los motivos decorativos que la adornan, muestran, de costumbre, amplias figuraciones y grandes dibujos burdamente esbozados.

En un principio fué solamente de pocos colores y frecuentemente tomaba el motivo de la greca de escala del estilo Tiahuanaco. Fué bajo la influencia y el dominio de los Chinchas que los dibujos y sobre todo los colores se hicieron un poco más variados y vivaces.

Las cerámicas de los diaghitas, en cambio, son mucho más atractivas y representan cuanto de mejor se ha producido en territorio chileno.

Con frecuencia, se embellecen con pequeños motivos de figuras diminutas cuidadosa y finamente dibujadas. Entre las formas más comunes, son notables los vasos de dos cuerpos globulares, vasos en forma de ánade o de pájaro acuático (*jarros-patos*).

Bajo la influencia de los Chinchas, el primitivo elemento decorativo se acrecenta de puntitos, de pequeños círculos, de líneas curvas onduladas o espirales y de figuras más graciosas autopo, zoo y ornitomorfos.

La influencia de los Chinchas sobre los dos más importantes complejos étnicos del norte fué realmente notable, tanto que se habla hoy de un tipo de cerámica chincha-atacameña y de un tipo chincha-diaghita, a los cuales, más tarde, en un período más vecino a nosotros, se sobrepone el estilo netamente incaico.

Así, las diferentes cerámicas prehispánicas de Chile—además de revelar las diversas etapas culturales de las distintas regiones del país—con los signos de las influencias exóticas impresos en su forma y en sus ornamentos, sirven también para indicar el cambiante, sucederse de las dominaciones extranjeras a las cuales los indígenas debieron someterse.

Frente a las cerámicas de los dos grupos del norte, aquéllas de las provincias centrales y meridionales resultan mucho más miserables y en estricta relación con la grosería y bajo nivel de las poblaciones. En efecto, su decoración no pasa de la simple línea recta y, todavía, los dibujos geométricos que de ella se derivan son comúnmente seguidos con poca fineza de contorno y sin gran variedad o genialidad en sus combinaciones. La ausencia de líneas caprichosas, de curvas o de volutas, las raras y escasas figuras, arcaicas y mal modeladas, son las características de los cántaros y de los vasos fabricados hasta hoy en día, por la mujer araucana, cuyos manufactos representan

la supervivencia del rústico y modestísimo arte de los progenitores.

Aun hoy, los últimos representantes de una raza que está próxima a morir, se ocupan en plasmar ollas, vasos y platos, cuya uniformidad plástica recuerda la de los objetos de arcilla de los lejanos aborígenes.

Se podría pensar que la antigua arte cerámica de Chile—pasando del norte al sur, de los Atacameños y de los Diaghitas a los mapuches araucanos—se presenta gradualmente inferior y que, empeorando poco a poco, ha venido alejándose de sus mejores manifestaciones para degenerar y detenerse en la forma cultivada actualmente por la mujer araucana en el crepúsculo de su secular unidad social.

Vale, pues, la pena de ver en el trabajo a esta artífice modesta y de echar una ojeada a sus artefactos que son todavía los de antaño.

\* \* \*

La ceramista araucana conoce de tiempo inmemorial los lugares donde—junto a los barrancos de la montaña o a lo largo de las orillas de los ríos—se puede obtener fácilmente la mejor calidad de creta y de arcilla propia para ser trabajada. Allí se encamina de vez en cuando, sola y en secreto, para proveerse, no sin dejar después en el sitio, suspendido al saliente de una roca o la rama de algún árbol, un objetito de poco valor, una cintilla o un condoncito de lana de diversos colores, a manera de obsequio devoto a la divinidad o al espíritu protector y amo de la cueva o de la mina para que le sea benigno y propicio en el cumplimiento de su labor.

Vuelta a casa o, mejor, a la miserable y rústica cabaña (*ruca*) que es su habitación, se prepara a amasar convenientemente la cantidad de creta que necesita. La limpia con cuidado de pedruscos y materias extrañas; la mezcla con arena finísima y enseguida, en pleno aire, se dispone a trabajarla, permaneciendo de rodillas sobre una estera o sobre una piel de animal. Teniendo delante de sí un leño que le sirve de banco o mesa de trabajo, comienza a fabricar su tiesto que siempre conduce a término con mucha presteza.

La arcilla amasada, es cortada en pedazos, dividida y reducida en franjas o cordones de diferente largo y espesor. Sobre la base del cántaro o vaso en fabricación, precedentemente preparada y extendida sobre la mesita de madera, la buena ceramista levanta en espiral un número determinado de aquellas franjas, las cuales—mantenidas bañadas y frescas, limpias e iguales por las manos hábiles de la operaria—se unen en un todo igual y en la forma del objeto deseado.

Una vez ajustados el cuello, el ansa o el pico, el objeto es puesto durante cierto tiempo a secarse a la sombra ante de proceder al cocimiento. No se le da lucido ni esmalte particular, ni color o dibujo alguno, pues la cerámica araucana—con raras excepciones—es siempre desprovista de adornos o de cualquiera decoración.

Cuando la pieza está suficientemente seca, se le hace cocer en la lumbre doméstica, siempre encendida en el interior y en el centro de la cabaña de la misma operaria. Mantenido con precaución, al extremo de una caña o bastón, se la

expone primero a la llama haciéndola girar en todo sentido para que se caliente de manera uniforme. En seguida se le mete directamente a un fuego de buena leña y bien ventilado, a fin de que pueda producir las calorías necesarias para poner candente el manufacto que, poco a poco, pasa, en esa forma, de un color rojo obscuro a un hermoso rojo vivo y ardiente.

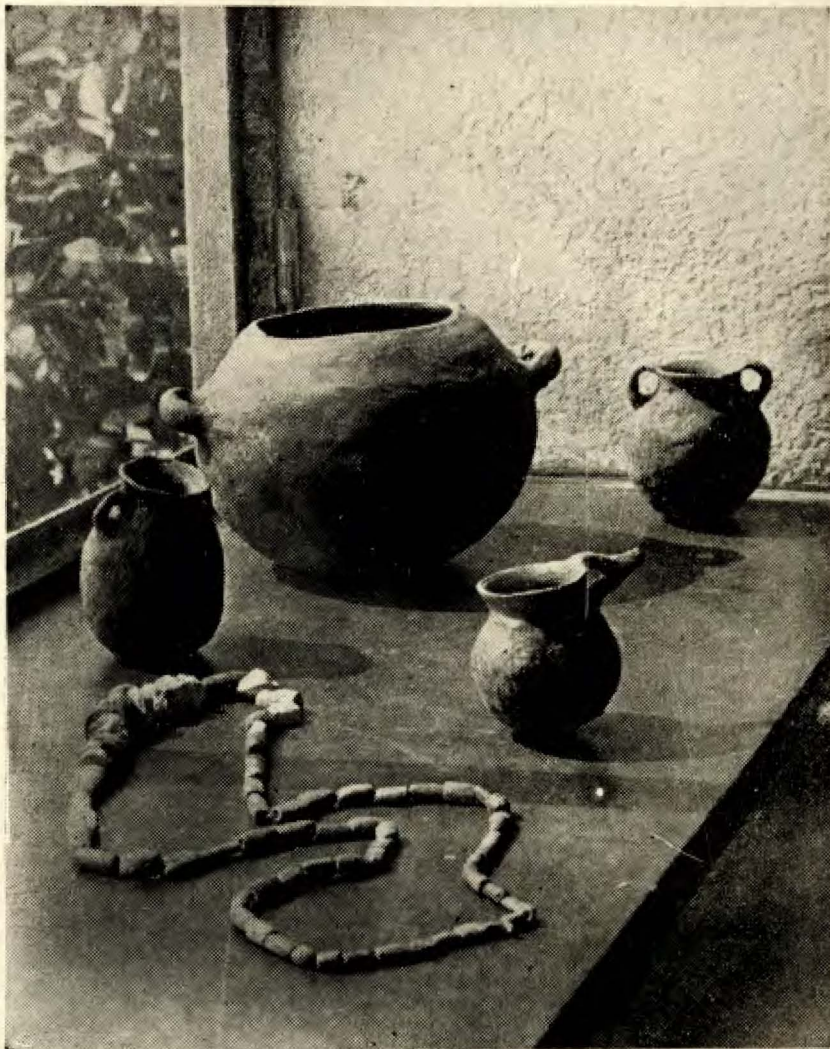
Cuando está apenas cocido, o ha llegado a una cierta temperatura, la ceramista—con la experiencia de su larga práctica—lo retira un poco del fuego y, para darle la impermeabilidad necesaria, lo rocía o vierte en él una cantidad de agua caliente, de leche o de su bebida predilecta (*el muday*) que entra bruscamente en plena y bulle e efervescencia.

De ese modo se fabrican, generalmente, los objetos de cerámica araucana, los que se designan en seguida con nombres diferentes en relación a su capacidad, a la dimensión, al uso a que están destinados a las burdas figuras de animales que quisieran representar. Todo, sin embargo—en el idioma de la raza—están comprendidos en el nombre genérico de *metahue*, como asimismo se llama *metahuefe* a la modesta cultura de un arte tan rudimentario.

\* \* \*

La vista de la cerámica arcaica y rústica de los araucanos ayuda a dar realce a aquélla, tanto más atrayente, de las obras de alfarería de los otros antiguos y más adelantados indígenas que poblaron especialmente el norte de Chile.

En las cerámicas de los atacameños que se han conservado, no es



Cerámica Chiu-Chiu. San Pedro de Atacama.

Colec. de José Perotti.  
(Foto Quintana)



difícil encontrar elementos absorbidos o imitados de los Chinchas.

Sobre el negro y sobre el rojo que las distinguen, se pueden descubrir líneas onduladas que se extienden a lo largo de las franjas que encierran cuidadosamente el objeto, las cruces y los dibujos dentados hechos de series repetidas de triángulos sobrepuestos, las figuras que recuerdan la greca en escala tan característica de América, y las graciosas filas de crochets o de líneas volutas y serpentinas que repiten los motivos de las cerámicas de los vecinos pueblos del Perú.

Las excavaciones practicadas en los estratos más profundos de los antiguos cementerios indígenas, ponen en luz, de vez en cuando, algún ejemplar de la primera y más común cerámica propiamente diaghita.

Mucho más burda y menos fina que la del período siguiente influenciado por los Chinchas, esa cerámica se aproxima a la alfarería primitiva de los atacameños de la cual acaso fué contemporánea y afín.

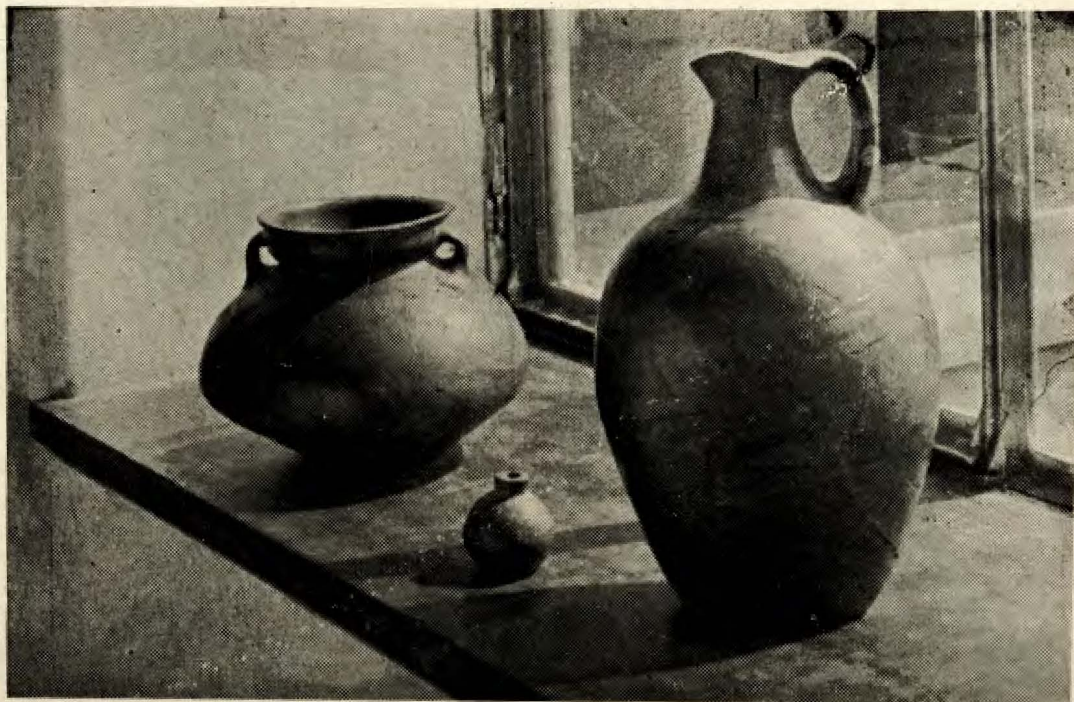
Sobre el rojo ladrillo de tazas y platos ordinarios, apenas pulidos y lustrosos, es dado observar rústicos motivos ornamentales ampliamente dibujados, dispuestos en grandes franjas o bandas en cuyas rectas oblicuas o zig-zags se alternan o determinan espacios triangulares rellenos de pirámides o de escalas.

Pero las cerámicas que dan una idea del estilo diaghita-chileno son tazas—grandes, muy abiertas, de fondo redondo y de pared recta—que son típicas de un período en

el cual se comienza apenas a sentir el influjo de los Chinchas. Su decoración, generalmente geométrica, puede hacer recordar la de las cerámicas peruanas de los Incas, como ciertos punteados pueden revelar una vaga influencia de los Chinchas; pero las figuras humanas curiosamente estilizadas y la trama del dibujo más simple y preciso, menos intrincado y complejo que el de las cerámicas de los Incas, indican el motivo básico típicamente diaghita.

En otros vasos, al contrario, encontraremos el recuerdo claro de la influencia peruana y boliviana.

Sobre el color rojo oscuro o rojo sangre del fondo, veremos resaltar el motivo preferido de Tiahuanaco: una bella y sólida greca de escala que se desenvuelve só-



Cerámica Chiu-Chiu, San Pedro de Atacama.

Colecc. de José Perotti. (Foto Quintana)

bria y severa por la superficie del vaso, con la misma sobriedad austeridad de las obras de alfarería de la remota cultura que se desarrolló junto al lago Titicaca y cuyos avances llevan el sello del temperamento y del carácter del operario que las fabricaba: rígido y solemne como los macizos de los Andes en medio de los cuales vivía.

La comunidad de origen y la frecuencia de los tráficos y de cambios entre los diaghitas chilenos y los argentinos, se comprobará con algunos ejemplares de aquellas grandes y características urnas funerarias con las cuales al otro lado de la Cordillera se acostumbraba sepultar los cuerpecillos de los recién nacidos.

Pero sería esforzarse en vano, procurar descubrir en el dibujo que adorna las paredes o el cuello la figura de un rostro humano, siquiera exageradamente estilizado, cual no falta nunca, pintado o en relieve, en las urnas del mismo género, especiales de una determinada zona de cultura de la antigua Argentina. Así, la uniformidad del color y el dibujo de rasgos más precisos entrelazados con rectos, rombos o cuadrados, serán la prueba de la ya entendida influencia de los Chinchas.

Los vasos ornitomorfos, llamados *jurros-patos*, permanecen en cambio por la originalidad de su forma y por su decoración—la expresión más pura de un arte local florecido en un momento dado en la región ocupada por los diaghitas chilenos.

Descendiendo luego hacia la zona central y meridional del país, encontraremos cántaros y copas de una técnica más primitiva, adornadas con líneas simples y escasas, trazadas con poca seguridad de contorno sobre un color único generalmente ocre o amarillento. Poco a poco, se harán más ordinarias y rústicas hasta alcanzar la rudeza e ingenuidad de las cerámicas de los actuales araucanos.

\* \* \*

Las cerámicas de los aborígenes chilenos no tienen, pues, el aspecto simpático y gracioso, la policromía alegre y la enorme variedad de formas que hacen tan interesante y artística la cerámica del Perú precolombiano. Ellas no señalan tampoco, tan claro y constante el reflejo de la vida de todo un pueblo

y de una civilización avanzada y bajo todo aspecto maravillosa.

Sin embargo, las cerámicas del antiguo Chile saben mantener vivo el recuerdo de lejanos y primitivos centros raciales, del lento progreso de grupos étnicos originariamente distintos por condiciones, carácter y nivel de cultura.

La multiplicación de sus formas, el refinamiento de las graduaciones y de las degradaciones de los motivos ornamentales siguen una cotidiana línea ascendente, y ayudan a reconocer las etapas de una lenta evolución de razas y grupos diversos, de pueblos muy poco conocidos los cuales perdieron, poco a poco, su individualidad y sus características en una larga y recíproca fusión y terminaron por desaparecer bajo la invasora presión extranjera en la fatal obsorción española y europea para reducirse hoy en día a los raros y postremos descendientes de aquella raza fuerte y guerrera, de fuerte y gloriosa gente araucana cantada por Alonso de Ercilla en su famoso poema, y justamente celebrada como:

«Tan soberbia gallarda y belicosa que no ha sido jamás por rey regida ni a extranjero dominio sometida».

Dr. JOSE MAZZINI

(Traducción del italiano por Jorge Letelier)

